

transcurriera por vías ajenas a las necesidades de la sociedad y del mundo obrero. Había, sin embargo, asociaciones comprometidas, como los Propagandistas de Herrera y los Luises del P. Ayala, y, en general, los sacerdotes vivían sinceramente la fe y mantenían la fidelidad a la Iglesia.

Los comentarios sobre los problemas del clero bajo el punto de vista político quedan bien enfocados desde dos realidades hostiles: las leyes y los atentados callejeros. El autor explica bien las variaciones de la república. Durante el gobierno de Azaña, la aplicación laicista de la Constitución fue vista por los sacerdotes como una persecución con decretos oficiales. Los comentarios se detienen en las consecuencias del artículo 26 de la Constitución, y en la búsqueda de soluciones por parte de los católicos. El cese de la dotación estatal se remedió en parte con la organización de una Caja Diocesana, y la prohibición de enseñar a los religiosos encontró una salida mediante la asignación de la propiedad de los colegios a padres de familia o asociaciones afines. Durante el bienio radicalcedista se suavizaron las tensiones, aunque el cambio resultaba difícil, y no llenó las esperanzas de muchos. Por eso no pocos sacerdotes abandonaban el posibilismo para encuadrarse en los partidos de las derechas más tradicionales y autoritarias. El Frente Popular, que triunfó en las elecciones de febrero del 36, dio paso a un anticlericalismo incontrolado, tanto en la legislación como en la calle. El capítulo 4.º se ocupa del anticlericalismo callejero, que comenzó en «la primavera trepidante» de 1931 (la quema de conventos del 11 de mayo) y culminó con «la caída en el abismo», en atentados persistentes y sistemáticos, algunos tan inauditos como el bulo de los caramelos envenenados. El autor cuenta los sucesos con objetividad, distingue los autores que los ejecutan y los que los inspiran, y analiza las actitudes de los gobiernos. Los atentados de mayo de 1931 se reproducen con las mismas pautas en mayo de 1936. El impacto en el clero fue inmediato. Al desencanto de 1931 siguió un verdadero terror en 1936. En vísperas de la guerra los sacerdotes madrileños eran perfectamente conscientes de los peligros que les amenazaban. El arzobispo Eijo, al conferir las sagradas órdenes a los seminaristas unos días antes del 18 de julio, les advirtió que antes de un mes algunos de ellos podían ser mártires. Nadie se retiró a pesar de los pronósticos.

El libro de González Gullón resulta muy esclarecedor. Es una síntesis ponderada y completa de seis años muy difíciles para el clero madrileño, y un prólogo que ayuda a entender los horrores de la persecución subsiguiente.

M. REVUELTA GONZÁLEZ.

A. GRÜN, *Sigo a tu lado. También al final de tu vida*. Santander: Sal Terrae, 2011.

El amor es más fuerte que la muerte

Muchos familiares se sienten desbordados cuando tienen que afrontar la muerte de un ser querido. No saben cómo comportarse, cómo acompañar al que está muriendo. Estas preguntas son las que el autor trata en este libro.

Ante la muerte, los familiares sienten una fuerte conmoción, la persona que se está yendo ha sido un pilar en la vida, esto hace mover los cimientos de la familia. O

por el contrario con el moribundo existió una mala relación y no parece haya mucho tiempo para incorporar armonía, todo ello descentra a los familiares. Sólo el dolor de la pérdida, con independencia de las circunstancias que la rodean, es suficiente como para requerir un cuidado especial por parte de los cercanos en donde impere el cariño, el silencio, la presencia cálida que suavice el duelo por la pérdida.

En la historia de la espiritualidad el morir se ha entendido como una imagen de la verdadera vida, el *paso* a vivir para siempre. La cita de Jesús ha sido en el cristianismo muy recurrente: *Si el grano de trigo... muere... da mucho fruto*. Aferrarse a la vida como si fuera para siempre produce gran frustración, indica no aceptar la fugacidad y la transitoriedad de la existencia. En el camino espiritual se habla también del camino de *la muerte del yo* en donde la persona vive sin egoísmo y capacitada para ser libre en la entrega a los otros, eso es fuente de verdadera felicidad. La persona que ha orientado la vida hacia metas de donación, de generosidad se enfrenta a su final con paz y aceptación, y desde la creencia sabe que no va a lo desconocido hay una promesa explícita de lo que aguarda tras la muerte, transita hacia la novedad de la vida para siempre.

En todas las creencias se medita sobre la muerte, lo que no significa una invitación a huir de la vida y sus desafíos. En el monacato esta meditación promueve una vida más plena, más fecunda, más enraizada con la historia, con la vida de aquí. Es una llamada a liberarse de todo, lo que no va a perdurar y vivir ya desde una perspectiva de eternidad, de lo que va a permanecer. Durante la vida se está muriendo, pero el momento de morir siempre sorprende y desestabiliza, porque morir es un misterio.

El tipo de muerte y el momento no se escogen, unos mueren repentinamente en accidente o de enfermedad súbita, otros tras un penoso y dilatado proceso de dolencias. No hay duda que los moribundos necesitan el acompañamiento familiar con un estar silencioso, expresado en mensajes que sólo él entiende, gestos, poemas, canciones de su agrado; entrar en el universo de lo que fue la vida del moribundo alivia mucho el paso final, ellos perciben más de lo que a primera vista parece, por ello el oír voces de los seres queridos es un gran consuelo y también recitar oraciones: «Dios mismo estará con ellos y enjugara las lágrimas de sus ojos, ya no habrá pena ni llanto ni dolor...» (Apocalipsis 21, 3-4).

Hay personas que sufren graves enfermedades experimentan un crecimiento personal, se aproximan al final con gran entereza asistidos por una fuerza superior. Tolstoi narra la vida y la muerte de un renombrado jurista Iván Ilitsch, con una dolorosa enfermedad y cómo experimenta un crecimiento personal y espiritual en tal circunstancia, una auténtica explosión de vida cuando ésta se presentaba quebrada por la enfermedad y a punto de terminar. Al final Iván vive una experiencia de salvación, de liberación de su vida malgastada, mal vivida. Siente que su existencia ha sido una muerte, y el morir es el comienzo de una vida plena sin asomo de angustia frente a lo que ha sido una vida llena de soledad y de muerte (cfr.: pp. 53-54).

En las sociedades modernas hay una tendencia creciente a ocultar la muerte y esto es un error, es ocultar el final de la vida que es tan real como otras etapas. Hay que asumirla de este modo ayudamos a que otros la asuman y no la vivan como algo extraño a la existencia. El acompañamiento pasa por *caminar con la familia* que se ve superada por la circunstancia, muchas veces hay que ayudar para que los allegados

se impliquen y no dejen solos a los agonizantes, ya que es beneficioso para todos y otorga una gran paz una vez que la persona se ha ido. Se trata de ayudar a la familia para que permanezca al lado del enfermo; sólo se puede acompañar al enfermo si se acepta la propia muerte, es una realidad que nos confronta con nosotros mismos y nuestro final.

De esta forma se puede caminar con el enfermo hasta el final, venciendo la primera resistencia. Existe un gran *movimiento asistencial* cristiano que tiene como objetivo ayudar en la fase final de la vida a enfermos y familiares, ha tomado su nombre de los hospitales de la Edad Media que: «Acogían a los pobres, cuidaban a los enfermos y moribundos...en estos hospitales se intentaba dar protección y cobijo... El movimiento... tiene por objetivo facilitar a las personas un hogar para morir y contribuir a que el tiempo de la muerte sea para ellos también un tiempo de vida» (Tausch- Flammer, 179) p. 57.

La fundadora del *movimiento hospitalario*, Cicely Saunders, religiosa inglesa, enfermera y doctora expuso con una frase toda la filosofía de su movimiento: «Es usted importante precisamente por ser usted. Es usted importante hasta el último instante de su vida, y vamos a hacer lo posible para que no sólo muera en paz, sino para que pueda vivir hasta el último momento» (Schmitt- Mannhart, 266) (p. 58). Estos movimientos han redescubierto el *Ars moriendi* medieval en donde se acompañaba al moribundo hasta el final en un clima de paz y reconciliación con toda su vida.

En ningún caso el acompañante es el maestro del moribundo sino su discípulo, es alguien que ausculta el misterio de su vida y de su muerte, en la medida que esto se haga con más entraña más se ayudará al enfermo. La persona a punto de morir tiene muy agudizada la sensibilidad, percibe lo imperceptible, está en otra dimensión y se da cuenta si está siendo acompañada desde la autenticidad y la verdad. El acompañante percibe las sensaciones más profundas del enfermo y se establece entre ambos una comunicación muy honda en silencio presidida por la verdad, *tú que estás postrado enseñame a estar de pie*, expresa Mónica Renz, (p. 107) *la atmósfera no miente*.

Es importante dar entrada a los rituales de despedida, de bendición, de acompañamiento. Los *ritos* ofrecen la posibilidad de expresar sentimientos, proporcionan apoyo y seguridad, transforman la angustia en confianza y son el ámbito en el que las relaciones entre las personas alcanzan una nueva dimensión. Es pertinente preguntar al moribundo qué rituales desea en sus últimos momentos si es que hay competencia para ello, si no la hubiere proceder según los valores y creencias del moribundo. En suma el proceso de la muerte culmina con la entrega en las manos de Dios, morir significa liberarse, desprenderse aunque la despedida es costosa.

El duelo, tras la muerte del ser querido, es algo natural si no se afronta debidamente y a su tiempo llegará más tarde la melancolía y la depresión como tristeza reprimida. El duelo bien vivido tiende a recrear en la persona en una nueva relación consigo misma, y con la persona que ha muerto. Vivir el duelo no significa clavarse en el dolor es algo activo, dinámico en la medida que se procesa el duelo se clarifica la nueva relación con el difunto. Es muy beneficioso contar, hablar lo que fue la vida con el difunto y desde ahí comenzar una nueva manera de vivir con él desde el afecto,

el recuerdo, la gratitud sabiendo que muchas cosas que se hicieron o que se vivieron ya no volverán.

El difunto se convierte en una presencia interior; en un acompañante íntimo, que está ahí pero de otra forma; se ha ido pero ha dejado una rica herencia de experiencias de amor compartido y eso permanece vivo en el que se queda. Con la muerte el amor del ser querido no se arranca del corazón, tan solo se transforma, el amor supera el umbral de la muerte, vivenciando ese amor se hace realidad el *ser uno* con el que se fue.

De lo que se trata no es que el duelo acabe cuanto antes, importa mucho la persona fallecida, importa mantener vivo el recuerdo, es muy importante la fidelidad a la persona que se llora, precisamente por ser fiel no es bueno que el duelo o no se haga o se acabe precipitadamente. Un duelo no es una patología, es algo natural, pero no hay que estancarse en él. Es un tránsito que conduce a la normalización de la vida sin la presencia física de la persona que se ha ido, el tránsito durará lo que tenga que durar ni más ni menos. Decía Burkhard Liebsch: «El duelo nos obliga a hacer frente a las pérdidas más duras, pero al mismo tiempo a luchar para que la vida no se venga abajo», es una empresa difícil que a cada persona se le presenta de una manera diferente (p. 137).

El acompañamiento en la muerte implica necesariamente el acompañamiento en el duelo a los familiares. Hay personas que tienen pocas habilidades para acompañar abundan en palabras de consuelo, adoctrinamiento religioso, o bien omiten lo que ha pasado tratando de introducir al familiar fallecido en la vida cotidiana. Todo ello molesta mucho a los que viven el duelo, no se sienten comprendidos, si abrumados. La palabra consuelo indica solidez, firmeza interior, hay que estar junto al que sufre firme como un roble, no hay que pronunciar palabra, las lágrimas del doliente necesitan drenar para ir sanando la herida de la pérdida. Otra acepción de la palabra consuelo es *consolatio* que viene de *solus* (solo) y *cum* (con) es decir solo en compañía. El acompañante es el que consigue entrar en la soledad del doliente y caminar con él en silencio mientras dure la pena.

En síntesis el tema de la muerte y el duelo no son agradables de reflexionar, es algo que desborda que no se sabe qué hacer y es fácil cometer errores llenos de buena voluntad, pero que no ayudan al doliente. El autor ha querido dar unas pautas a familiares y acompañantes amparado en una larga experiencia profesional desde donde ha elaborado unas reflexiones muy válidas para vivir razonablemente las pérdidas. Dejemos que el libro nos ayude a afrontar de la mejor manera esas situaciones. El autor expresa que la lectura del libro nos ha de llevar a lo *esencial*, a la verdad, a lo que importa verdaderamente en la vida y en la muerte. Terminamos con Angelus Silesius (p. 164): *Hombre hazte esencia, / cuando el mundo pase, / lo que es del azar caerá / la esencia quedará.*

ROSARIO PANIAGUA FERNÁNDEZ
Universidad Pontificia Comilla